

3º PREMIO

Marina Montero Aguirre

MATRIMONIO

Me casé con un hombre de un pueblo de la Bureba burgalesa.

- Yo soy mujer de ciudad - le dije cuando nos conocimos. Entonces él no era un hombre todavía, ni yo una mujer. Me llamaba los fines de semana desde la orilla derecha del puente, el único punto del pueblo que alcanza la cobertura móvil. Él tenía contrato, yo prepago. Cuando me decía dónde estaba, yo pensaba que el que fuera la margen derecha o la izquierda era una cuestión de perspectiva. Resultó que el río se mira siempre en la dirección que baja el agua.

A él tampoco le gustaba demasiado su pueblo entonces y no comprendía que a sus padres les hiciera tanta ilusión desplazarse todas las semanas hasta un secarral en el centro de un trigal triangular delimitado por ríos que regaban otras poblaciones más afortunadas.

Me casé con un hombre en su pueblo. Si me lo hubieran dicho cuando fui a ver la casa de su familia, que era de piedra lavada por las lluvias torrenciales, nunca lo habría previsto. Y sin embargo los dos teníamos trabajos precarios, salarios mínimos, pero muchas ganas de sacarnos adelante. No nos podíamos permitir un restaurante de lujo, ni tan siquiera uno de los que te ofrecen combos de boda que nunca dejan fuera una barra libre de precio exorbitante. La finca de los abuelos tenía riego automático desde hacía ya años, y no costó tanto alquilar unas carpas, el mobiliario lo pusieron entre varios vecinos y mi madre produjo metros y metros de manteles blancos, sencillos, que deslumbraron a nuestros ochenta invitados. Algunos todavía comparten las fotos en Instagram de ciento en viento, más de moda casi ahora que entonces.

Me casé con un hombre de pueblo. Pero no lo descubrí hasta tiempo después, cuando empezamos a llevar a los niños de visita para que no extrañaran a sus bisabuelos, y descubrí que mi marido sabía imitar el trino de los pájaros para engañarlos y que se acercaran hasta sus mano extendida, que aunque no supiera hacer la compra en el supermercado sin dejarse la mitad de la lista que yo le preparaba reglamentariamente, las frutas que cogía de los árboles siempre estaban maduras, que conocía los escondrijos donde visitar a los renacuajos y a los zorros aunque siempre perdiera los calcetines debajo del armario. Mis hijos comenzaron a llorar al llegar el final del fin de semana y volver a la ciudad.

Me casé con un hombre fuerte y valiente, que no se arredró cuando nos quedamos sin trabajo, él en enero, aun pagando la vida navideña, yo en marzo cuando ya habíamos cancelado las vacaciones de semana santa que habíamos reservado con medio año de antelación, la luna de miel que llevábamos diez años esperando. Él salía por las mañanas pronto a llevar su currículum a las empresas y por la tarde hacía llamadas, se pasaba horas en Internet escribiendo correos. Al día siguiente, cogía cada niño de una mano para llevárselos al parque, para que yo pudiera hacer lo mismo, y cuando volvía a casa, la comida de batalla estaba siempre hecha. Guisos y potajes calentitos, repletos de legumbres sacadas de bolsitas de plástico de aspecto cutre que llevaban llegando a nuestra casa años, acumulándose en el fondo de la despensa. Yo calculaba, y así a ojo ni la misma despensa, ni la habitación de los niños, ni la cocina habíamos logrado pagar todavía, lo sabía perfectamente, lo sabía de sobra cuando llamó el banco a interesarse por el estado de la hipoteca que no habíamos pagado.

Resultó que no lo sabía y me llevó tiempo enterarme, pero me casé con un pueblo que nos acogió como a agua de mayo, dos pares de mano jóvenes, dos coros de risas infantiles, parecía que no les pudiéramos haber hecho mayor regalo. Tenemos que seguir saliendo para llevar a los chicos a clase porque en él no hay cole, pero todas las mañanas nos dejan una hogaza en una bolsa de estraza en la puerta. Tenemos solo un móvil porque estamos todo el tiempo juntos. Trabajamos desde muy pronto, casi madrugamos más que antes, pero por la tarde hay tiempo para la siesta e incluso para dar un paseo por la orilla derecha del río. Allí a veces nos da la risa y otras se nos saltan las lágrimas. Nuestros niños no nos entienden.

